

ENCICLOPEDIA DE OBRAS DE FILOSOFÍA

editada por
FRANCO VOLPI

edición española a cargo de
ANTONI MARTÍNEZ-RIU

traducción de
RAÚL GABÁS

Volumen 1: A-G

Herder

Título original: Großes Werklexikon der Philosophie,
publicado por Alfred Kröner Verlag, Stuttgart
Concepción de la versión castellana: Antoni Martínez-Riu, Franco Volpi
Traducción: Raúl Gabás Pallás
Diseño de la cubierta: Claudio Bado y Mónica Bazán

© 2005, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN de la obra completa: 84-254-2195-0

ISBN del volumen 1: 84-254-2398-8

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Balmes

Depósito legal: B - 5.611 - 2005

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

Jorge Luis Borges

n. el 24. 8. 1899, Buenos Aires

m. el 14. 6. 1986, Ginebra

La obra de Borges, escritor argentino, ocupa un lugar central en la literatura del siglo xx. La estirpe de Borges cuenta con estancieros y militares, aunque otra parte de su ascendencia es inglesa. Una debilidad congénita le condenó a la ceguera prematura. Este déficit le impidió seguir la vocación aventurera de sus antepasados criollos y le hizo convertirse en un hombre que vivió por y para la literatura, aunque no sin nostalgias. Se educó en Suiza durante los años de la Primera guerra mundial; algo después inició en España la carrera de las letras, justo cuando en toda Europa eclosionaban las vanguardias. De regreso a América, participó activamente en la vida literaria de Buenos Aires, adquiriendo poco a poco prestigio como crítico y poeta. Dueño de una inusual erudición, probó también fortuna como ensayista y, a partir de la década de 1930, empezó a componer relatos y otras composiciones que mezclaban y trasgredían todos los géneros. Tras la muerte de su padre (1938), subsistió como subalterno en una biblioteca municipal, pero a la llegada del régimen peronista (1946) perdió el empleo e inició una exitosa trayectoria como profesor y conferenciante. Después de la caída de Perón, fue designado director de la Biblioteca nacional (1954), justo cuando su vista decaía irreversiblemente. A pesar de ser un inválido, continuó su tarea de creación, emprendió innumerables viajes y se convirtió en un personaje controvertido, lo cual no le impidió recibir un creciente reconocimiento nacional y sobre todo internacional, obteniendo numerosos premios y distinciones hasta el final de su vida.

Tanto en la poesía como en las narraciones y ensayos de Borges abundan las preguntas metafísicas, así como las referencias a figuras y tópicos filosóficos. Muchos niegan que ello lo convierta en filósofo, puesto que su actitud era primordialmente literaria, esto es, lúdica y esté-

tica. Aunque sea así, es innecesario trivializar el alcance de su obra, que no por casualidad atrae a gran cantidad de filósofos profesionales. Borges no respetaba ni reconocía las fronteras entre las disciplinas, y siempre declaró su fascinación ante los más insolubles enigmas de la existencia. Devoto de Schopenhauer, frecuentó la lectura de discusión de idealistas de todas las épocas y de multitud de filósofos y teólogos clásicos y marginales. Entre los muchos motivos tratados por él, cabe mencionar la concepción onírica de la realidad, la dialéctica tiempo-eternidad, la impugnación de la identidad personal, las paradojas del continuo, la relación autor-texto-lector, el panteísmo, la combinatoria y el laberinto como metáfora y esqueleto del universo, etc.

Obras principales: *Fervor de Buenos Aires*, 1923; *Historia de la eternidad*, 1936; *Ficciones*, 1944; *El Aleph*, 1949; *Otras inquisiciones*, 1952; *El hacedor*, 1960; *Elogio de la sombra*, 1969; *El oro de los tigres*, 1972; *El libro de arena*, 1975; *La moneda de hierro*, 1976; *Los conjurados*, 1980.

Bibliografía general: J. NUÑO, *La filosofía de Borges*, Fondo de Cultura Económica, México 1986; S. CHAMPEAU, *Borges et la métaphysique*, Vrin, París 1990; J. ARANA, *El centro del laberinto. Los motivos filosóficos en la obra de Borges*, EUNSA, Pamplona 1994; M. CABALLERO, *Borges y la crítica*, Universidad Complutense, Madrid 1999; J. ARANA, *La eternidad de lo efímero. Ensayos sobre Borges*, Biblioteca Nueva, Madrid 2000.

Ficciones, 1ª ed. Buenos Aires 1944.

La obra reúne dos colecciones de relatos: *El jardín de senderos que se bifurcan* (1941) y *Artificios* (1944). La primera comprende siete piezas y la segunda nueve. Borges, conocido como poeta, crítico y ensayista, se reveló entonces como un maestro de la narrativa. Aunque el título de la obra subraya el distanciamiento de la realidad de quien presenta sus creaciones como un puro producto de la fantasía, el tono y la intención de lo que dice desmienten a menudo la inocencia de esta reivindicación. Las composiciones toman la forma de cuentos, pero también de supuestas vivencias personales, pseudoensayos o falsas biografías. Además, con frecuencia introduce digresiones filosóficas en el hilo discursivo de la trama sin aclarar qué tipo y grado de asentimiento les confiere. La mayor parte de

los cuentos reflejan —cuando no desarrollan— preocupaciones metafísicas y antropológicas. Las afirmaciones más significativas son puestas en boca de los personajes, introducidas en la descripción de sus estados de ánimo, o directamente propuestas por el narrador. A pesar de su apariencia incidental y hasta caótica, en conjunto revelan una concepción del mundo bastante coherente.

«Tlön, Uqbar, Orbis tertius» propone la increíble historia de todo un mundo inventado por una multinacional de fabuladores que se relevan, generación tras generación, para enriquecer y dar coherencia a su propuesta, la cual concuerda significativamente con muchas de las tesis favoritas de Borges: en Tlön es una convicción compartida que el universo no tiene consistencia objetiva y ha sido «soñado»; sus habitantes conocen la verdad de su propio origen y —tal vez— nos desafían a hacer lo propio, renunciar al dogma de la identidad personal, y tender hacia una especie de utopía panteísta y posmoderna.

«Pierre Menard, autor del Quijote» fue el primer relato fantástico compuesto por Borges, a raíz de un accidente que puso a prueba su salud e integridad mental. Reseña la extravagante figura de un supuesto escritor francés al que adjudica una disparata lista de publicaciones y la gesta de reescribir literalmente partes del *Quijote* de Cervantes. Se trata de llegar al mismo texto desde otro contexto, utilizar palabras idénticas otorgándoles significados nuevos e irreductiblemente diferentes. En la fábula salen a relucir cuestiones relativas a la relación entre el escritor y su obra, la hermenéutica de los textos y las teorías combinatorias de la mente.

«Las ruinas circulares» es algo así como una épica de la concepción onírica de la realidad. El protagonista se propone procrear una criatura completa y autónoma a partir de sus sueños. Tras años de esfuerzos y de superar ímprobos dificultades, logra introducir en el mundo el nuevo ser, cuya intrínseca falta de consistencia sólo él y la divinidad conocen. Preocupado por la posibilidad de que el secreto trascienda, el soñador acaba descubriendo que tampoco él consiste en otra cosa que el sueño de otro.

«La lotería de Babilonia» desarrolla una especulación sobre la presencia del azar en el mundo. Una civilización ludópata faculta a la oscura «Compañía» que gestiona su sistema de lotería para que todos los aspectos de la vida se vean crecientemente comprometidos por los sorteos, que se multiplican sin tasa inaugurando una dinámica de caos creciente. Los destinos individuales se vuelven cada vez más imprevisibles e incontrolados. La conclusión implícita es que nuestro mundo se parece bastante al del cuento.

En «Examen de la obra de Herbert Quain», Borges reseña las creaciones de un improbable autor, lo que le permite divagar sobre las claves de la trama literaria y cuestionar alguno de los dogmas favoritos de las cosmovisiones al uso, como el carácter lineal de la historia (en lo que algunos han vistos insospechadas coincidencias con teorías científicas tan sofisticadas como la de los múltiples universos de Everett).

«La Biblioteca de Babel» es una de las historias más afamadas de Borges. Retoma las especulaciones combinatorias de varios filósofos y fantasea con la idea de un inimaginable depósito en el que se acumulan *todos* los libros posibles. La biblioteca contiene las obras más excelsas, dispersas entre la muchedumbre ingente de la suma de todos los errores posibles, y una infinita cantidad de acumulaciones gratuitas de signos. De nuevo se insinúa una metáfora pesimista acerca de la condición humana y la imposible búsqueda de significado.

En «El jardín de senderos que se bifurcan» hay una intriga anecdótica relativa a un espía que trata de transmitir cierta información. Ello da pie a ciertas reflexiones sobre el problema de la identidad personal y el destino, entrelazadas con la idea de laberinto como clave del espacio y el tiempo.

«Funes el memorioso» es una fábula que ahonda en la condición humana: a consecuencia de cierto accidente, un muchacho pueblerino ve infinitamente potenciadas tanto su agudeza perceptiva como su retentiva. El examen de estas aptitudes permite detectar que nuestra mente está indisolublemente unida a la simplificación y el olvido.

«La forma de la espada» juega con la fragilidad de la identidad personal: el delator usurpa el lugar de su víctima; ambos han quedado fusionados en un solo ser gracias a la inicua historia que vivieron juntos.

«Tema del traidor y el héroe» presenta otra variante de la misma problemática: el que todos reconocen como padre de la patria fue en realidad un traidor ejecutado por sus propios camaradas, tras escenificar una representación hipócrita en beneficio de la causa. Una vez más, importa menos el papel que cada personaje desempeña que la urdimbre misma. Un guiño más al soterrado panteísmo que recorre toda la obra del argentino.

«La muerte y la brújula»: intriga criminal sembrada de crípticas referencias teológicas hebraizantes, que al final se resuelve en una trampa relativamente banal tendida contra un perspicaz detective por un asesino vengativo todavía más listo.

«El milagro secreto». La oración de un condenado a muerte es escuchada y en el momento mismo de la ejecución se concede a su mente todo un año de actividad para idear el fin de la obra que estaba escribiendo. Reflexión sobre la relatividad del tiempo, la ambigua relación entre pensamiento y realidad, así como, en definitiva, el sentido de la existencia humana.

«Tres versiones de Judas» ofrece otra pseudo-biografía de un supuesto autor de delirios histórico-teológicos. La identificación de los extremos de una oposición dialéctica se colma hasta el punto de convertir a Judas en cómplice consciente de la redención, o en paradójico campeón de la humillación ascética. Por último, se propone su blasfema asimilación al mismo Verbo encarnado.

«El fin». Los puentes que la narrativa de Borges tiende entre realidad y ficción se refuerzan con la hipotética narración de la muerte del héroe literario Martín Fierro, como secuela de una de sus ya conocidas gestas.

«La secta del Fénix»: pequeña obra maestra de suspense conceptual. El hecho más trivial y cotidiano de la vida humana es revestido de un halo misterioso y conspirador. Como trasfondo, las

consignas de Schopenhauer contra la voluntad y su corte de representaciones.

«El Sur» quizá sea, en opinión de Borges, su mejor cuento. Reelaboración literaria de un episodio biográfico penoso (grave enfermedad desencadenada por un accidente doméstico), desarrolla alguna de sus obsesiones existenciales: el contraste entre el hombre de acción y el dedicado a las letras; la búsqueda de la eternidad a través de un momento de plenitud épica; el valor como clave estética de una ética acosada por el nihilismo. Todo el relato admite explícitamente ser interpretado en clave realista o idealista.

Ediciones: Emecé, Buenos Aires, 1944; ed. rev. por el autor, Emecé, Buenos Aires 1974; Alianza, col. «Biblioteca de bolsillo», Madrid 1971 (numerosas reeds.); *Obras completas*, vol. 1, Emecé, Barcelona 1989, p. 425-530; Alianza, col. «Biblioteca de autor», Madrid 1997 (varias reimpr.).

Bibliografía: E. GUTIÉRREZ, «Pierre Menard: Herméneutica y postestructuralismo», en *Revista Latinoamericana de Filosofía* 19, 2 (1993) 313-326; J. STEWART, «Borges and the refutation of idealism: A study of "Tlon, Uqbar, Orbis Tertius"», en *Ideas y Valores* (1996) 64-99; A. RIVERO POTTER, «Complementariedad e incertidumbre en "El jardín de senderos que se bifurcan" de Borges», en *La Torre* (San Juan, Puerto Rico) 2, 6 (1997) 459-474; E. ÁLVAREZ NICOLÁS, *Discurso e historia en la obra narrativa de Jorge Luis Borges: Examen de «Ficciones» y «El Aleph»*, Society of Spanish and Spanish-American Studies, Boulder (CO) 1998.

J. ARANA

Octavio Paz

n. el 31. 3. 1914, Ciudad de México

m. el 20. 4. 1998, Ciudad de México

Octavio Paz es uno de los más sobresalientes poetas y ensayistas del siglo xx del continente americano. De ascendencia mexicana y española, tanto su abuelo como su padre se involucraron en los avatares de la vida política, lo que le acarreó una accidentada niñez, en la que llegó a conocer el exilio. De vuelta a la patria, realizó estudios universitarios e inició la carrera de las letras. Fruto de un juvenil compromiso ideológico con el marxismo, visitó España durante la Guerra civil. A partir de 1943, residió en los EE UU y desde 1945 trabajó como diplomático (profesión que ejercería por más de veinte años) en París. La estancia en Francia fue decisiva para la consolidación de sus intereses literarios y filosóficos. El pacto ruso-germano de 1939 le había hecho romper con el comunismo, pero sus discrepancias con la izquierda oficial no salieron a la luz pública hasta que en 1951 publicó un informe sobre los campos de concentración soviéticos. A partir de 1952 desempeñó su trabajo oficial en países de Oriente, al tiempo que desarrollaba una intensa actividad como publicista y conferenciante. En 1962 fue designado embajador de la República mexicana en la India, pero en 1968 dimitió de su cargo en protesta por la matanza de Tlatelolco. Sus críticas a los excesos autoritarios de la izquierda y la derecha le granjearon numerosas críticas de unos y otros. Sin embargo, el prestigio de su figura entró en una fase ascendente: en 1981 obtuvo el Premio Cervantes y en 1990 el Premio Nobel de Literatura. Hasta poco antes de morir prosiguió empeñado en la formulación de su pensamiento.

La obra de Octavio Paz responde a múltiples influjos: por una parte conjuga la herencia hispánica y prehispánica de su patria, y por otra se hace eco de diversas corrientes del pensamiento moderno y contemporáneo: marxismo, vanguardias estéticas (en particular, el surrealismo),

existencialismo, estructuralismo, pensamiento liberal, etc. También responde a un conocimiento cabal de las culturas de Oriente. Su cosmovisión parte de una peculiar dialéctica, en la que la realidad aparece escindida en contraposiciones que no dan lugar a una dinámica de síntesis y progreso (como en Hegel o Marx), sino que permanecen en tensión. Al nivel antropológico se establece una polaridad entre la vivencia de la *soledad* y el descubrimiento de la *otredad*, cuya reconciliación (que aúna las contradicciones sin negarlas) conduce a redescubrir las dimensiones más profundas de la *libertad* y el *amor*, en un horizonte de inmanencia que trata de unificar *vida* y *muerte* en la vivencia de la *eternidad* dentro de lo *temporal*.

Obras principales: *El laberinto de la soledad*, 1950; *El arco y la lira*, 1956; *Libertad bajo palabra*, 1958; *Posdata*, 1970; *Los hijos del limo*, 1974; *El mono gramático*, 1974; *Itinerario*, 1994; *Vislumbres de la India*, 1995.

Bibliografía general: A. ROGGIANO (ed.), *Octavio Paz*, Fundamentos, Madrid 1979; P. GIMFERRER (ed.), *Octavio Paz*, Taurus, Madrid 1982; J. GONZÁLEZ, *El cuerpo y la letra. La cosmología poética de Octavio Paz*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 1990; R. JIMÉNEZ CASTAÑO, *Octavio Paz. Poética del hombre*, EUNSA, Pamplona 1992; F. VIZCAÍNO, *Biografía política de Octavio Paz*, Algazara, Málaga 1993; C. LLANO, «Cuatro conceptos para un pensamiento no ilustrado (analogía, otredad, empatía y epimeleia)», en *Tópicos*, 4 (1994) 117-155; J. ARANA, «La larga marcha hacia la libertad. La evolución ideológica de Octavio Paz», en *Isegoría* 22 (2000) 83-102.

El laberinto de la soledad, 1ª ed., México 1950.

La primera edición de *El laberinto de la soledad* apareció en 1950, aunque los primeros esbozos de su redacción se remontan a siete años antes. Uno de los méritos más destacados de este libro es que, partiendo de una reflexión sobre una cultura y una época muy determinada (la del México contemporáneo), sabe atisbar problemas que trascienden ampliamente dichos límites. La universalidad no se da, en efecto, en la estratosfera de las abstracciones vacías de contenido, sino en lo hondo de cada individuo, en lo eterno de cada instante, en las claves escondidas de cada coyuntura histórica. El primer reproche que formula esta obra contra el capitalismo no se expre-

sa en términos de injusticia y explotación, sino en los de pérdida de identidad y despersonalización. Desde el punto de vista ideológico retiene la descalificación del sistema de la economía de mercado, pero no tanto por su presunta ineficacia para resolver los problemas sociales, sino más bien por el empobrecimiento con que lo hace: la sociedad tecnocrática aparece como la máquina perfecta donde el movimiento se convierte en inmovilidad, esto es, en movimiento sin fin. Las cosas marchan, y cada vez de un modo más frenético y acelerado, pero sin un destino, sin un sentido que planifique, organice y convierta en «vivo» un proceso que degenera en mera reiteración mecánica, sinónimo del estancamiento. Este tipo de ataque no era inusual entre los críticos del capitalismo, pero en Paz no se trata de una mera consigna ni de una confrontación especulativa de las duras aristas de la realidad presente con las lejanas perfecciones de la utopía soñada. El término de comparación es en este caso un pasado tan real y tan imperfecto como el hoy y el ayer. A pesar de lo que cabe decir en su contra, la vieja sociedad colonial introducida por los españoles en el Nuevo Mundo carecía de muchos de los defectos que ha importado el liberalismo capitalista: en ella todos tenían un lugar, un sentido, una justificación. Por supuesto, esta sorprendente reivindicación de una herencia que muchos intelectuales mexicanos de la época preferían exorcizar no tiene nada que ver con el tradicionalismo nostálgico: «No pretendo justificar la sociedad colonial. En rigor, mientras subsista esta o aquella forma de opresión, ninguna sociedad se justifica. Aspiro a comprenderla como totalidad viva y, por eso, contradictoria».

Lo malo del sistema liberal sería precisamente haber querido limar en nombre de una racionalidad anónima todas esas contradicciones necesarias a la vida. Pero, ¿cómo y por qué? Paz acredita su interpretación no por medio de silogismos descarnados, sino mediante una reflexión crítica acerca de la evolución de su propio país tras la independencia. Apoyarse en la realidad de una sociedad relativamente marginal, como la mexicana, encierra sin duda el riesgo de quedar clausurado en la descripción de particularismos

anecdóticos, pero por otro lado ofrece la posibilidad de desmontar el valor de los tópicos al uso, que sólo valen para unos pocos casos y momentos presuntamente «centrales». No hay fórmulas mágicas para resolver los males de una sociedad ni para enseñarle al hombre cómo ha de andar su camino. Éste fue el error de los políticos decimonónicos, que engañaban a los ciudadanos o bien se engañaban a sí mismos con planteamientos extemporáneos. Un país que arrastra tras de sí una larga e ininterrumpida serie de fracasos sabe de esto más que otro que ha tenido la suerte de aprovechar una situación favorable. Y en México, por una u otra razón, nada acabó de funcionar: a pesar de su anquilosamiento y atraso histórico, la sociedad colonial se aproximó bastante a un cuerpo social vivo y equilibrado, pero ni los que forjaron la independencia del país, ni los que lo reformaron a mitad del siglo XIX, ni tampoco quienes pretendieron encaminarlo más tarde por la senda del progreso consiguieron evitar la marginación creciente de la mayor parte de la población. Las causas del fenómeno son múltiples, pero hay una que retiene la atención de Octavio Paz, porque afecta a la relación entre la teoría y la práctica de la política. La menciona a propósito de la función desempeñada por el positivismo como filosofía oficiosa de la dictadura de Porfirio Díaz (1876-1911): «El primitivo, abstracto y revolucionario principio de la igualdad de todos los hombres deja de regir las conciencias, sustituido por la teoría de la lucha por la vida y la supervivencia del más apto. El positivismo ofrece una nueva justificación de las jerarquías sociales. Pero ya no son la sangre, ni la herencia, ni Dios, quienes explican las desigualdades, sino la ciencia».

Esto podría sonar a condena del darwinismo social como coartada ética de la injusticia social. Lo es, en efecto, pero también algo más sutil: lo terrible no es que los explotadores empleen cínicamente la religión, la historia o la ciencia para reforzar sus abusos, sino que haya mentes que buscando la verdad y el bien se conviertan inopinadamente en sus cómplices. Esto es indispensable para que lo otro ocurra: al fin y al cabo, todo engaño es inofensivo en cuanto la mayoría

sabe que lo es. Y la falacia del positivismo, como la del liberalismo burgués, estriba precisamente en que, *a su modo, es verdad*, es decir, en que puede ser una verdad teórica y a la vez una mentira práctica. No hay nada más peligroso para un político que empeñarse en poner en práctica una teoría hermosa, pero irrealizable. Forzosamente resultará algo distinto del fin perseguido, y además será un efecto perverso. El liberalismo nace como una doctrina que promueve la igualdad de los hombres, tanto como su libertad; sin embargo, su puesta en marcha como eje articulador de la sociedad conduce en muchos casos a incrementar las desigualdades, a yugular la libertad de los individuos e incluso a privarles de la riqueza y dignidad constitutivas del hombre, reduciéndolos a su valor de mercado. Según esto, el criterio pertinente para evaluar una doctrina política no es la «hermosura» de su diseño ni la excelencia del ideal final que propone, sino las consecuencias prácticas *inmediatas* de la acción de gobierno inspirada en ella. Si éstas son nefastas, es preferible incluso lanzarse a ciegas a la lucha política, sin el aval de ninguna ideología. Octavio Paz ve en la Revolución mexicana un ejemplo admirable de búsqueda ofuscada, pero sincera, de una salida a tanto desvarío doctrinal.

El sino de las teorías políticas universalistas en el siglo XIX ha sido particularizarse en sentido perverso y falaz al ser puestas en práctica. Las revoluciones socialistas iniciadas a principios del siglo XX no han tenido mejor suerte. Desengañado del liberalismo y del socialismo, el joven Paz prefiere invertir el sentido del proceso: de lo particular a lo universal, de la práctica a la teoría. Hay cierto adanismo político en su opción, una creencia tal vez ingenua en que la pureza de intenciones y el activismo impremeditado pueden suplir con ventaja a la reflexión y el cálculo. Tal vez influyera algo en esta actitud el contacto con los allegados a Trotsky en su exilio mexicano. El riesgo de derivar hacia posiciones anarquistas tampoco es desdeñable. No obstante, Paz siempre tiene resortes intelectuales para evitar caer en el esquematismo fácil. Nada más alejado de él que el utopismo político; su inserción en el tiempo de la historia es muy sólida, ya que su aprecio de

la tradición lo une al pasado, su realismo le hace tener los pies bien asentados en el presente y su posibilismo le da una singular clarividencia para anticipar el futuro. Y, además, posee una visión dialéctica no reduccionista que le previene contra el riesgo de desatender algún agente social significativo. La historia está indisolublemente unida al conflicto y Paz no cree que sea bueno eliminar los factores que pugnan dentro de ella, ni someter unos a otros: lo aconsejable es encontrar una fórmula que conjugue dinamismo y equilibrio, que encauce creativa y no destructivamente el despliegue de esos antagonismos.

Por consiguiente, no se trata ni de encerrarse en los propios particularismos ni de extrañarse en una universalidad abstracta. No hay que fiarlo todo a la iniciativa privada ni tampoco descansar en el colectivismo puro. Se debe evitar atrincherarse en la tradición, así como mirar sólo hacia el futuro. Demasiadas exigencias, en suma, para la imaginación que trata de forjar un nuevo proyecto político. Paz acaba transigiendo con la prosaica realidad que ha surgido de la Revolución mexicana, con el sistema de economía mixta puesto en marcha por los presidentes del Partido Revolucionario Institucional, lo cual degrada las altas miras que había establecido hasta la mediocridad del eclecticismo. El Estado, mediante su intervención es, a su juicio, el único factor dinamizador de la economía y la garantía más segura del progreso de los países en desarrollo. Cuando escribió *El laberinto de la soledad* Paz había entrado al servicio del ministerio mexicano de Asuntos Exteriores, pero ello no lo hace necesariamente sospechoso de falta de independencia al dictaminar sobre el sistema político de su patria. La valoración positiva, que no entusiasta, de la gestión de los gobiernos salidos de la Revolución entra perfectamente dentro de la lógica de su ideario, y no parece que haya que exigirle otra cosa. En todo caso, es sin duda el aspecto menos perspicaz de este brillante ensayo.

Muchas de las tesis enunciadas en *El laberinto de la soledad* tuvieron que ser rectificadas más tarde, y Paz lo hizo sin complejos ni afectación, pero el temple de su visión ética de la historia, la profundidad y originalidad de sus análisis, el

rigor de su diagnóstico convierten esta obra en una referencia fundamental de la filosofía política del siglo xx, un clásico insoslayable para todo el que quiera desentrañar las claves de la modernidad tardía.

Ediciones: Fondo de Cultura Económica, México, 1950 (1ª ed., colección «Cuadernos Americanos»); 1959 (2ª ed. rev. y ampl., colección «Vida y Pensamiento de México», reimpr.: 1963, 1970); 1972 (Colección «Popular», numerosas reimpr. posteriores); 1982 (Fondo de Cultura Económica, Madrid numerosas reimpr. posteriores).

Bibliografía: E. RODRÍGUEZ MONEGAL, «La muerte como clave de la realidad mexicana en la obra de Octavio Paz», en A. ROGGIANO (ed.), *Octavio Paz*, Fundamentos, Madrid 1979, p. 125-153; S.-M. BELL, «Contexts of critical reception in “El laberinto de la soledad”: The contingencies of value and the discourse of power», en *Siglo xx-20th Century*, Boulder, CO (Siglo) 10, 1-2 (1992) 101-124; E.-M. SANTI, «Diez claves para “El laberinto de la soledad”», en *Antipodas: Journal of Hispanic Studies of the University of Auckland and La Trobe University*, Bundoora, Victoria Australia (Antipodas), 4 (1992) 177-194.

J. ARANA